

SCRITOS

El parto profano de mis palabras

de Jorge Navone



Navone, Jorge

5Gritos : el parto profano de mis palabras. - 1a ed. - Ushuaia : Utopías, 2008.
160 p. ; 22x19 cm.

ISBN 978-987-1529-01-8

1. Literatura Argentina. 2. Cuentos. 3. Poesía. I. Título
CDD A860

Fecha de catalogación: 18/06/2008

5GRITOS

de Jorge Navone ©

1ª Edición - 350 ejemplares.

Diseño, diagramación y edición:

EDITORIAL UTOPIAS

Te/Fax: 54 2901 424552

Ushuaia - Tierra del Fuego

www.editorialutopias.com.ar

Diseño de tapa: Jorge Navone

Todos los derechos reservados

I.S.B.N: 978-987-1529-01-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Queda estrictamente prohibida, sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes pertinentes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mis hijos Belén, Rodrigo
y Joaquín, por ser el más
maravilloso grito de la vida...

Índice

Prólogo	9
Vientos del sur	15
Las ratas	17
El Miguel	25
Arraigándose	33
Partida recurrente	37
El negro tenía plata	39
La decisión	41
El olor de la justicia	45
Deformación profesional	47
Los carpinteros.	49
Fragmentos	55
Solilocos	57
Paranoico yo	59
El corazón no es	62
Pantallitas	66
El hombre nuevo	70
O sea un café	76
Por vos	82
Desesperanzas	85
En un tachito	87
Me voy a pintar los ojos	90
De que están hechos...	92
Surf	94
Digo, ¿no?	96
¡Basta!	98
Qué suerte	100
A dónde están	102
Ahi van	104
Y yo quisiera ser normal.	105
En este día	106
Ahí, los lunes	108
Me rescatas...	110
Te rescato...	113

Me estoy yendo	116
Otra vez, de nuevo, siempre...	118
Adiós en tango	120
Momentos	123
Gumersindo	125
El puntito	128
Eusebio	130
Nicanor y la pared.	132
López	136
El suspiro	137
El vicio	138
Martín	141
Susurros	143
Tan cerca	145
Ahí estaré	147
Mi barco	148
Visiones	149
Edipo	150
El alma al diablo	151
Tu silencio	152
Golpea la vida	154
Que los sueños	156
Un silencio	157
Mientras nosotros	158
Perdón	159

Prólogo

A veces el desconocimiento es una virtud. Hay misterios cuya nobleza consiste en permanecer para siempre en las sombras.

Planificar una recorrida por los laberintos que transita un escritor hasta dar con el destino de su obra, se parece bastante a una penosa pesquisa policial. Escudriñar la cosecha fértil de un texto, en busca de presuntos significados enterrados bajo las raíces de las palabras, empeora aún más la naturaleza del emprendimiento.

Sin embargo, ahí están los que se empeñan en revelar públicamente los trucos de magia, los que se visten de Papá Noel intentando ofrecer evidencias para los mitos infantiles, y los que desesperan por conocer el rostro de los locutores de radio.

También estoy yo, cumpliendo con el pedido que se me ha formulado de dotar de un prólogo al cuarto libro de Jorge Navone, como si hiciera falta explicar un grito, tres o cinco.

Seduces la idea de una disculpa tenue.

Estas líneas pueden leerse como un revoloteo incompleto y desordenado por el alma del autor. Un mapa viejo y amarillento de sus intenciones literarias, de su forma apasionada de arrancarle días al almanaque, de su multifacética labor artística. También de sus cíclicos cambios de ánimo que combinan, como en casi todos los gritos de este libro, la fiereza de un tigre, la decepción de un cactus, la rebeldía de una tormenta eléctrica, y el romanticismo de una luna llena.

Hay personas burbujas de aire que explotan inadvertidas; y las hay como soles incandescentes, que estallan en millones de galaxias.

Hay escritores que filosofan desde el cielo de las palabras; y están los que descienden hasta el infierno de las verdades puras.

Están los que teorizan sobre el dolor, y los que se desangran en cada relato. Los que imaginan espinas, y los que se clavan puñales internos.

De los que eligen el riesgo literario a la conformidad de los cementerios de letras, pertenecen estas páginas amasadas a fuerza de búsquedas, descubrimientos y nuevos interrogantes.

Allí donde el común de los mortales ve objetos y personas que se mueven, Navone posa su pluma reveladora de segundas y terceras capas de la realidad. Aún sabiendo que arriesga, su puro instinto literario lo lleva a bucear por temas centrales de la sociedad fueguina, como el desarraigo, con la fluidez y la seguridad de quien hubiera estudiado ese fenómeno sociológico a lo largo de toda la vida.

Las personas trajeadas y con maletín en mano que caminan a toda marcha por la avenida San Martín, en pleno centro de Ushuaia, traen consigo **"...apurones transplantados a este pueblo de los confines, convertido en aparente ciudad por los venidos..."**

No están aquí por deseo propio, o al menos, enteramente propio. Porque, **"Llega quien viene planificando, cae quien no tiene más remedio..."**. **"La ciudad está llena de escapandos, de tocando fondo, de fugados de otras cárceles..."**

Son los mismos que más pronto que tarde acceden a una

condición económica de privilegio, con poco esfuerzo, sin pergaminos morales para sostenerla. Entonces les sucede lo que al **"Negro tenía plata"**, el de **"...los billetes planchados, casi nuevos, ordenaditos..."**, el de las **"...tarjetas por colores..."**, el que pagaba abriendo la billetera despacio, **"...como quien prepara un sándwich de miradas..."** El que usaba **"...campera de esquiador que no esquiaba..."**

Son, también, los que **"...traen consigo sus pedazos..."**, los que se desparan por primera vez en el suelo helado de los inviernos crueles, los que sueñan en forma recurrente con el regreso al Norte.

De un grito reflexivo, casi sin escalas, deviene otro más oscuro y violento. Una especie de espasmo gutural. Un aullido de bronca contra aspectos controvertidos de la condición humana.

"Nadie llama ni responde. Nadie existe. Todo cuando se miran verse". Son quejas en tiempo de tragedia. Melodía sórdida, sufriente. Enojo que brota en estado puro. Safaris por selvas espesas, plagadas de bestias furiosas que lanzan alaridos de rebeldía social. **"¡Se fugan! ¡se fugan porque no saben qué hacer para que parezca que están, sin estar demasiado!"**.

Acaso existan pocos viajes más valientes que las exploraciones por los recovecos de uno mismo, por los pliegues ocultos del yo íntimo.

En ese sentido también, es este un libro de aventuras. Hay aquí carabelas repletas de conquistadores hambrientos dispuestos a adentrarse en el mar de los desencantos y las frustraciones, pero con el valor suficiente para esperanzarse con un Mundo Nuevo. Hay recorridos sutiles por los suburbios del pasado que no vuelve, caminatas por el barrio de la melancolía, y visitas guiadas por los senderos de aquellos que pudimos ser, y no fuimos.

Se trata del grito preferido de Navone. El territorio donde más cómodo se mueve y se siente.

La mirada introspectiva, aquella que intuyó en **Somos** (un libro con relatos nacidos cuando tenía poco más de 20 años) y que profundizó en **Espejos rotos**, su penúltima obra, regresa esta vez con una agudeza más trabajada, quizá, por el paso del tiempo.

Son tres bramidos finales de la misma estirpe, pero con tonos e intenciones diferentes. El primero, fruto de la desesperanza, no pierde por ello un aire de insurrección que sobrevuela los textos, como una mosca caprichosa y persistente. Un viento constante. Un chirrido perturbador que lo envuelve todo. Una tormenta de provocación que hace sucumbir los cimientos de cualquier idea preconcebida. Daría la sensación que cada frase nos obliga, nos exhorta, nos interpela acerca de las razones de tanto letargo vital, de tamaño conformismo por lo ya dado.

“...Repliego mis brazos contra mi pecho, para que molesten menos con su sombra, para que no se extiendan simulando ser alas que nunca serán, por más que me lleven lejos...” O mejor aún: **“...andá sabiendo también, que la vida no es por nadie ni para nadie. La vida estalla en sí misma. No se inventó para vos, pero en vos vive y aguarda...”**

El desencanto domina la escena de este capítulo. Aunque lo interesante son las razones de esa disconformidad. Navone no maldice su suerte ni su destino. Tampoco el del mundo todo. No hace catarsis con el lector. Expone, o mejor todavía, propone, interrogarse sobre los asuntos que nos hacen sentir satisfechos, y plantea si con eso alcanza, si con ello basta.

“...No puedo sonreír más con felicidad de verano joven, sobre este crudo invierno devorador...”, “...a mí me esquivo siempre la completud, y me persigue el deseo (...) me evade el me alcanza y sobra, y nada me sobra ni me alcanza...”, “...la vida me estalla en sangre cada mañana, me acorrala el espanto...”

De repente, los decibeles de los gritos empiezan a disminuir. Ya no hay un vozarrón en cada oído. Hay una voz más paternal, si se quiere, más filosófica. Es el momento de la reflexión más profunda. Los relatos ahora son cuentos cuyos protagonistas se enfrentan a dilemas similares a los del resto de la obra, solo que esta vez ya no se exacerban, ni se frustran, ni se rebelan. En este caso, piensan, miran hacia adentro en busca de alguna respuesta. El grito se transforma en puro mensaje: **“...siempre hay una mañana que puede cambiarlo todo...”**

La última exhalación es en forma de susurro. Relatos contados en clave de intimidad. Casi no se oyen, porque están acompañados por la más maravillosa de las músicas: el amor.

Flotan versos y melodías. **"...Bautizo tus curvas con nombres de gaviotas...", "...mis dedos adivinan tu textura, descifrando el braile de tu cuerpo...", "...podría respirarte eternamente...", "...ante tu silencio soy menos que una estaca en la arena de una inmensa playa abandonada..."**

Igual, no hay que confundirse. Que Navone haya bajado la voz en el crepúsculo de su trabajo de ningún modo significa que ha dejado de gritar. Su vida es un rugido constante, una ebullición de pasiones que explota en forma de manifestaciones artísticas, ya sea cuando escribe, narra, diseña o produce audiovisuales. Está en su naturaleza, en su genética espiritual, en su elección de vida.

Hay quienes cuchichean en secreto, hablan para adentro, rezan en silencio, piden permiso para elevar la voz. Y están los que de vez en cuando necesitan respirarse de golpe todo el universo para pegar 5Gritos de vida plena, de acá estoy y existo, de me excedo y me gusta, de quiéranme, porque yo los necesito.

De éso trata este libro.

Gabriel Ramonet, en la ciudad de los escapandos, era el 24 de julio de 2008

Vientos del sur

El Miguel

A la Tata,
su sabiduría,
y las abutardas...

Se le apareció una tarde, así de pronto, con un chalequito raído, y un saco demasiado viejo para la época. Golpeó con cierta timidez el marco de esa puerta permanentemente dispuesta a los pedidos del pueblo. Ella se acercó con su delantal de siempre, su cansancio de años, y abrió automáticamente. Jamás desconfiaba, jamás preguntaba quién venía, jamás.

Lo miró a los ojos aguardando alguna señal, pero él permanecía mudo, mirándola con un asombro que esperaba correspondido.

Se acomodó con ambas manos los laterales del chaleco, y dijo casi murmurando - Soy yo Rosa, el Miguel. Volví.

El Miguel.

Había sido su gran amor, allá por los cuarenta. Ella, heredera de medio pueblo. Él, recién llegado, sin pasado ni prontuario, como todos. La había enamorado por lo sencillo, por esa forma de caminar tan desarmada, y por ese chaleco que jamás se sacaba, y que ahora veía en aquel chico que se presentaba reclamando derechos de antiguo poblador.

Ella no podía reaccionar. A la vista era imposible. Pero se le parecía tanto y le hacía tanta falta...

- Soy el Miguel, Rosa, créeme. Soy yo abrojito – y el apodo íntimo le estalla en los oídos.

Nadie jamás la había llamado así, nadie. Salvo el Miguel, que le decía abrojito cada vez que ella abandonaba su dureza, para entregarse a algunos de sus abrazos, de sus besos.

Rosa seguía inmóvil, parada en la puerta, y fue necesario que él solito empiece a explicar todo, para que ella reaccione un poco, y se anime a echarlo.

Que era el Miguel. Que había nacido de nuevo después de una vida disipada. Que tardó en darse cuenta de quién era, pero que el amor que sentía por ella lo había guiado. Que hacía poco había vuelto al pueblo, y que ahí estaba, para retomar lo que había dejado sesenta años atrás, para animarse a aquello de lo que había huido, para dar al fin el gran paso. Ahora no escaparía como aquella tarde después de lo del galpón. Ahora venía para quedarse.

Ella le cerró la puerta en la cara, con un *caradura se cree que soy estúpida*, y se metió en la cocina. Desde allí lo observó por la ventana, entre la cortinita blanca. Él seguía parado en la puerta, con la misma postura. Las manos detrás de la espalda, enlazadas, la cabeza gacha. Estuvo así un rato largo, hasta que empezó a caminar, y a ella se le heló la sangre.

Caminaba igualito, igualito al Miguel. Con las piernas que parecían salirse de su curso, para irse cada una por su lado, las rodillas primero. Con la espalda medio curva, mirando de cerca el suelo, con las manos detrás.

Igualito. Y ella no podía resistirse.

¿Cómo se había enterado de lo del galpón? ¿La había llamado abrojito? ¿Era posible, o se estaba volviendo loca? El Miguel le llevaba tres años, así que debería tener ochenta y cinco, ¿cómo se le aparecía ahí, con poco más de veinte?

Su cabeza iba y venía, entre un pasado al que visitaba todo el tiempo, y un presente solitario. Ella trabajaba sola el campo, y a la tardecita se refugiaba en esa casa plagada de recuerdos, de tiempos y fotos, que la llevaban siempre a aquellos años.

Tengo una foto, pensó de pronto, y era cierto.

Había una foto de ella y el Miguel, que guardaba como un tesoro en el cofre, una pequeña cajita de madera con un candado de hierro que casi ya no abría. Allí estaban sus más secretos y preciados tesoros, y entre los papeles, casi al fondo, una foto con el Miguel.

La habían tomado una tarde, cuando al pueblo vino esa especie de quermese que jamás habían visto. Nadie tenía cámara por entonces, sólo el gobernador. Ellos estaban ahí, mirando todo, con los ojos abiertos y el amor en las manos, y la novedad los paró frente al cartón pintado, y allí quedaron, atrapados en el tiempo de esa foto, por los años.

La tomó con miedo, y se cambió los lentes para verla. Ahí estaba, y al mirarla, parecía que el Miguel caminaba en aquel paisaje coloreado.

Le sonreía, se daba vuelta y le decía reite abrojito, que esta foto es para el diario. Y ella se reía, tanto lo quería, tanto. Un fogonazo de luz salió de aquél aparatejo y ellos se rieron, y se asustaron. Y caminaron juntos por los puestitos, tiraron latas, tomaron un jugo del amor, y otro para la eterna juventud. Y habrán hecho efecto, porque a él le costó menos seducirla, robarle unos besos, y llevarla hasta ese galpón, al que tantas veces le había pedido que fuera, del que tantas veces ella se iba escapando.

Allí lo hicieron, entre pastos. Con una pasión salvaje, desenfrenada, única. Ella estaba convencida de que debía casarse primero, pero lo quería tanto, tanto. Tenía tanto miedo de que el Miguel vuelva a irse, tenía tantas ganas de tenerlo para siempre a su lado.

Y fue hermoso, sublime, mágico.

Y fue, aún en su novedad y torpeza, un hacer el amor como siempre lo había soñado. Y fue un recuerdo imborrable, puro recuerdo, único, ya que fue la última vez que lo vio. Al otro día, el Miguel desaparecería con la quermese. Según decían las malas lenguas, lo de mujer barbuda era un postizo, y era una hermosa mujer una vez que se lo había quitado.

La foto estaba ahí, el Miguel en la puerta, y sesenta años cruzando el secreto de ese galpón, el abrojito susurrado, el chaleco y esa forma de caminar, que hacían que todo pudiera ser verdad, o al menos, permitían desearlo.

Ella volvió a la puerta con la foto en la mano.

Quería comprobar si lo que veía era cierto, si aquél Miguel se le parecía. Pero ya no estaba, se había ido de nuevo.

Abrió la puerta casi desesperada, entre querer asegurarse y desear que no haya escapado una vez más, y cayó una carta prendida del picaporte. Se volvió a cambiar los lentes, y se sentó para leerla. Era su letra. La misma letra de escolarizado a los tumbos, de casi analfabeto. La misma que sesenta años atrás le pedía disculpas por abandonarla, le decía ahora que era tiempo de volver, que lo perdone, que jamás había podido olvidarla, y que por eso había vuelto. No había habido cielo que lo convenza de no hacerlo.

Aquella noche no durmió. Su mirada recorría el blanco desteñido del techo, calculando una y otra vez las fechas, las distancias, reviviendo una vez más cada instante de aquella noche.

Tantas veces se había arrepentido, tantas veces había querido repetirlo. Durante tantos años ese recuerdo la había acompañado tanto. Durante tantos días le había dolido. Cada vez que alguien la miraba, ella sentía la sentencia irrevocable de un pueblo: lo hiciste. Lo hiciste y por eso se fue, por tu deshonra. Y aquello fue noticia amarillenta, secreto a voces, veredicto.

Y ella
debió permanecer sola
el resto de su vida, como pagando una culpa que sabía injusta, un precio demasiado alto por una noche, por un amor increíble, por dar, siempre dar, como sería a partir de allí su vida.

¿A qué viene éste ahora? Y la pregunta da paso a la idea hasta entonces impensada. ¿A qué viene? ¿Qué quiere de mí? ¿Qué busca?

A la mañana siguiente, a primera hora, el Miguel estaba esperándola con un ramo de flores, tras la puerta. Ella se levantó repitiendo la rutina del mate cocido fuerte, el pan de ayer casi duro. Él se quedó quietito, esperando alguna reacción. Debió esperar bastante. Ella no salió hasta el mediodía.

- ¿Se va a quedar ahí haciendo el ridículo todo el día?
- Te traje flores abrojoito.
- No me llame así, mentiroso.
- Perdoname Rosa, era chico. Pero ahora aprendí, me costó una vida, pero aprendí.

Y ella le
arranca las flores extendidas
a dos manos, más para evitar el papelón, que para darle esperanzas.

- Ahora váyase, vamos. Que llamo a la policía.

Y él sonríe un poco, y se marcha.

Día a día, el Miguel fue trayéndole flores. En cada ramo una cartita, una nota. Algún detalle de todo lo que habían vivido en su juventud.

El día de campo en el monte, el primer piropo, la primera vez que tocó sus pechos. Día a día fue reviviendo aquel amor perdido en el tiempo, repasando cada momento, cada detalle, redactado con letra imprecisa sobre esas cartas. Es cierto que en los relatos había algunas imprecisiones, como recuerdos con humo. Pero ahí estaba todo, en cada carta que a los días, ella ya esperaba con la ansiedad de una veinteañera, con los mismos latidos, con casi alguna pasión.

Fue eso lo que terminó por conmovérla. El Miguel, en una carta, recordaba paso a paso la pasión vivida en el galpón, y le proponía revivirla una vez más.

Ella tembló de pies a cabezas. Aquella noche había sido la única de su vida, la primera. Sentir el cuerpo del Miguel tan cerca, tan suyo, tan prohibido, había sido su único contacto con un sexo que a partir de allí, casi olvidaría.

Y este
Miguel, el nuevo, el
reencarnado, le proponía revivirlo, le prometía
mejorarlo, le suplicaba una nueva oportunidad, aunque más no sea, para redimir el tiempo y el olvido. Para demostrarle que era él, para convencerla de que aún quedaba mucho por vivir, por intentar.

Ella lo pensó varios días, semanas, en las que él repitió la ceremonia de las flores y las cartas. Rosa caminaba ya más deprisa ante tanto piropo, tanta promesa, tanta súplica. Se le habían ido algunos dolores, y hasta se despertó una noche sudorosa y agitada, después del sueño más pecaminoso de su vida. Fue allí que se decidió a aceptar. Nadie debe perder la oportunidad de revivir un sueño, se dijo para convencerse.

Se lo comunicó en una carta, a la mañana siguiente.

Te espero esta noche a las 10, en el galpón.

Él

levantó los ojos

asombrado, y ella creyó ver hasta algunas lágrimas.

Pasó la tarde preparándose, untando su cuerpo con cremas recién compradas, perfumando cada pliegue de esa piel transcurrida por los años y el esfuerzo.

Para que nadie se entere de nada, ella misma acomodó la vieja cama en el galpón, no eran ya épocas de pastos y su espalda no resistiría muchos ajetreos.

A las diez de la noche en punto, vio como el Miguel asomaba por la cerca, con unas flores, y más peinado y preparado que nunca. Ella salió a recibirlo, y cual princesa sin carruaje extendió su mano, para bajar el escalón del patio, con la más preparada de las ceremonias.

Se sentía viva, en aquellos años, se sentía joven. El Miguel ahí estaba, con su cuerpo terso, moreno, esperando recibirla nuevamente, sin importar los años ni las arrugas, según se lo había dicho en sus cartas.

Llegaron al

galpón, y él, con el mayor

de los cuidados, se acercó a tomarla entre sus brazos firmes, para susurrarle la misma frase de aquella noche:

- Dale abrojito, no dejemos que se nos pase la vida, hagámoslo ahora.

Y ella accedió una vez más, con las mismas ganas, a sus manos. A esas manos jóvenes que de a poco fueron descubriendo una piel transcurrida, ajada, que a él parecía no importarle, ya que la recorrió íntegramente a besos, como aquella noche, sesenta años atrás.

Repitió casi los mismos movimientos, los mismos ademanes, y a ella le costaba reconocer qué era en este tiempo, y qué era recuerdo traído a la fuerza, pura soledad. Pero el Miguel ahí estaba, joven, potente, fuerte, y la hizo sentir plena mujer, aún a sus años, con su piel todavía viva y latiendo, con su corazón a puro empujo, pura fuerza, puro torbellino vivo, que cruzaba el tiempo para desenfrenarse tranquilamente en este amor reencarnado, en esta nueva oportunidad.

Quedaron desnudos, abrazados, con sus piernas cruzadas. Esta vez no tuvieron que salir casi corriendo. Ella ya no podía, ni tenía ganas de esconderse más.

Lo miraba a los ojos, acariciándolo, y le repetía un sos *tan lindo, tan mío Miguel, tan mío...* Por qué me dejaste Miguel, por qué, y sus ojos parecían perdidos en el tiempo, mirando sin mirar.

Rosa falleció a las pocas semanas. Luego del encuentro, andaba más tranquila por la casa, caminando lenta, casi como despidiéndose de todo. El Miguel venía cada mañana, con un nuevo ramito de flores, y aunque insistió casi desesperadamente en acercarse nuevamente, ella se negaba. Decía que ya había sido suficiente, que ya estaba bien.

Él le preguntaba por el futuro, ¿Qué voy a hacer yo sin vos Rosa? ¿Cómo voy a vivir? Y las manos arrugadas le acariciaban su cara nueva para calmarlo.

- Quedate tranquilo, no vas a tener problemas. Todo va a estar bien.

Una noche se acostó, quizás pensando en aquella noche, o en esta nueva, o en alguna otra que escapa a los recuerdos y no existe, y soltando su último suspiro, se fue para siempre.

Según su deseo no hubo velatorio, y las pocas coronas fueron cambiadas por dinero, que debía ser donado al hogar de ancianos del pueblo.

Luego del entierro se dispuso la lectura del testamento. Rosa no tenía herederos, y no eran muchos los que habían ido a escucharlo.

El curita compungido, que esperaba hacía años que la permanente benevolencia de su principal benefactora, se multiplique en su deceso; una sobrina lejana, tan lejana que ella casi no recordaba tenerla; un curioso, y el Miguel.

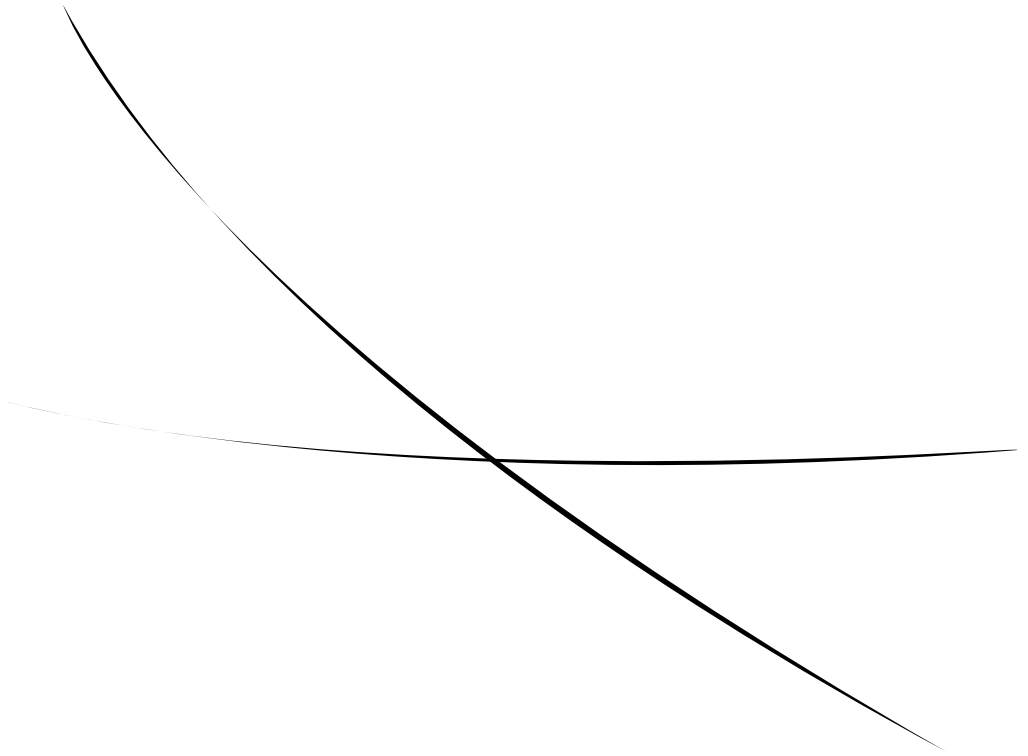
El escribano leyó su deseo: todo para caridad, y el curita no puede disimular su sonrisa, y se persigna agradeciendo a un dios de bolsillos llenos. Los campos, las casas, los locales del centro, todo a los que no tienen nada, que son los que en verdad siempre la tuvieron.

El Miguel abría los ojos grandes, con una desesperación que no había manifestado hasta entonces, cuando el Doctor Subizarreta le acerca un sobre: Esto es para usted.

Lo abrió casi
temblando, y sin dificultad ni esfuerzo, leyó la prolija
letra redonda de abanderada: *Querido Miguelito:
Fue hermoso. Un remanso en mis últimos días,
una caricia. Gracias por las flores y los piropos.
Sos casi igualito, pero una jamás se olvida
de lo que amó la primera vez. Decile a
tu abuelo, que lo suyo era insuperable.
Gracias por todo.*

Y estrujando la carta, miró a su
costado a quién lo había acompañado.

- ¡Me hiciste acostar con la vieja al
pedo!...le dijo casi a los gritos.



Soliloquos

PANTALLITAS

A LOS QUE USAN EL
CELULAR, MIENTRAS
TOMAMOS UN CAFÉ

TODO BRILLANTINA, ASÍ, REFLEJITOS BARATOS. HOY EN DÍA TODO ES PARA AFUERA. CASI AL BORDE DE LA SUPERFICIE, PERO NI SIQUIERA. NO IMPORTA MUCHO CÓMO ESTÁS, QUÉ SENTÍS. IMPORTA MENOS QUÉ PENSÁS.

LO ÚNICO QUE IMPORTA ES QUE *HAGAS* COMO QUE ESTÁS, QUE *PAREZCA* QUE SENTÍS, QUE *LUZCAS* COMO QUE PENSÁS, PERO NADA MÁS. APENAS INTENTÁS ESTAR MÁS EN SERIO TE DIGEN PESADO. SI INTENTAS SENTIR MUCHO, TE TILDAN DE DESUBICADO O INOPORTUNO. NI DECIR SI INTENTÁS PENSAR.

LA CATÁSTROFE SE PRODUCE CUANDO INTENTÁS DECIR LO QUE PENSÁS RESPECTO DE CÓMO TE SENTÍS. AHÍ SE VAN A LA MIERDA.

TODO BRILLANTINITA, REFLEJITOS, PURPURINA. FUNCIÓN DE CIRCO MEDIOCRE, TEATRO DE CUARTA. ¿NO VISTE CÓMO SE SALUDAN? ¡QUÉ HACÉS! ¡CÓMO ANDÁS! ¡QUÉ LINDO VERTE! Y LEVANTAN LOS BRAZOS GRANDES, COMO PARA QUE LOS VEA HASTA EL DE LA ÚLTIMA FILA. PERO DESPUÉS ¡MINGA!, COMO SI TE TRAGARA LA TIERRA. NADIE LLAMA, NI RESPONDE. NADIE EXISTE. TODO CUANDO SE MIRAN VERSE, ¡AHÍ SÍ!, AGITAN LOS BRAZOS ABRAZANDO HASTA EL AIRE QUE TE RODEA. PERO DESPUÉS NADA, NI TE ROZAN. REFLEJITOS, PUROS REFLEJITOS. LO IMPORTANTE NO ES SER, SINO PARECER. ESTAR AHÍ COMO UNA IMAGEN CREADA POR UNO MISMO, SIEMPRE PARA AFUERA; PARA MOSTRAR; HACER DE CUENTA; ILUSIONAR.

¡PANTALLA PLANA! LA VIDA ES COMO UNA PANTALLA PLANA. CULTURA DE PANTALLITAS. SI TODO EL DÍA SE NOS PASA VIENDO PANTALLITAS. TODO EL DÍA MIRANDO AL VACÍO QUE ESTÁ AHÍ ADENTRO,

LUCECITAS DE COLORES, ESPEJITOS PRIMERMUNDISTAS.

EN LOS TRABAJOS, TODA LA GENTE MIRA LAS PANTALLITAS HACIENDO QUE TRABAJA, Y GREYENDO QUE EN VEZ DE TRABAJAR HABLA Y QUE ESTÁ CON AMIGOS COMO SE ESTABA ANTES. PERO AHORA NO, PORQUE EN VEZ DE GENTE DE CARNE Y HUESO ¡HAY PANTALLITAS! EN UNA SUMAN, EN OTRA PINTAN, Y EN OTRA GREEN QUE SE ABRAZAN, O SE BESAN. ¡MI DIOS! POR ESO CUANDO SALEN DEL TRABAJO Y SE JUNTAN, CUANDO SE ANIMAN A HACERSE UN RATO EN ESO DE NO TENER TIEMPO PARA NADA PORQUE HAY QUE ESTAR TODO EL DÍA MIRANDO LA PANTALLITA, NO PUEDEN HABLARSE MUCHO EN LA CARA. ¡NO! MIRAN SIEMPRE PARA OTRO LADO, OJEAN LA TELE, QUE AHORA HAY SIEMPRE UNA, SALUDAN GENTE, RESPONDEN A MEDIAS LEVANTANDO LA MANO AL QUE PASA POR LA VENTANA, ¡SE FUGAN! ¡SE FUGAN PORQUE NO SABEN QUÉ HACER PARA QUE PAREZCA QUE ESTÁN, SIN ESTAR DEMASIADO! NO SABEN CÓMO CONVERTIR AL MUNDO QUE LOS RODEA EN ALGO TAN ESTERILIZADO, HIPOALERGÉNICO Y SEGURO COMO UNA PANTALLITA. Y ENTONCES, NECESITAN URGENTE QUE APAREZCAN OTRAS QUE LOS SALVEN. AHÍ SACAN LOS CELULARES. ¡SÍ! MIENTRAS ESTÁN SENTADOS EN UNA MESA, ENFRENTA DE OTRO, ¡SACAN LOS CELULARES! Y LLAMAN, O LOS LLAMAN OTROS, INTENTANDO ESTAR EN OTRO LADO DEL QUE ESTÁN, BUSCANDO DESESPERADOS CREAR UNA REALIDAD VIRTUAL, PORQUE LA DE CARNE LES DUELE. MIENTRAS, EL CAFÉ SE LES ENFRÍA, Y ELLOS DE REJOJO MIRAN COMO EL OTRO TAMBIÉN HABLA POR EL SUYO, Y CHEQUEAN A VER SI EL DE ÉL TIENE TAPITA O CAMARITA O LUCECITA, O CONEXIÓN SATELITAL DIRECTA A OTRAS MILLONES DE PANTALLITAS COMO ESA.

Y ENTONCES CLARO, JUNTARSE SE JUNTAN, PERO NO SE HABLAN. PORQUE LA CARA DEL OTRO NO SIEMPRE ES TAN LINDA CUANDO NO ESTÁ EN LA PANTALLITA, Y NO SE PUEDE QUITAR, TAPAR, O CAMBIAR A GUSTO CON DIBUJITOS. NO SE PUEDEN COPIAR Y PEGAR FRASES CÉLEBRES, NI PASAR LOS SILENCIOS ESCUCHANDO MÚSICA. CUANDO UNO ESTÁ SENTADO ADELANTE DEL OTRO LOS SILENCIOS GOLPEAN, ¡FUERTE!, Y ENTONCES ELLOS RAJAN.

CORREN, ESCAPAN ¡HUYEN PARA LA CASA!, EN DONDE SEGURO, ¡PERO SEGURO EH!, APENAS LLEGAN, ¡PRENDEN LA TELE! ¡O LA PC! ¡O CUALQUIER OTRA PANTALLITA QUE TENGAN A MANO! ¡PORQUE SÍ! HAY QUE ESTAR CONECTADO TODO EL TIEMPO A TODO EL MUNDO, PERO ASÍ, LEJOS... TODO EL TIEMPO HAY QUE SABER LO QUE PASA, AUNQUE LO QUE PASE SEA EL TIEMPO, Y NADA MÁS LO PASEMOS MIRANDO PANTALLITAS.

Y SI ME SIENTO SOLO, O ASUSTADO, O TRISTE, O SIMPLEMENTE ¡SI TENGO GANAS DE DECIR ALGO Y NO SÉ CÓMO DECIRLO! YA NO BUSCO, NI PIENSO, ¡NI NADA! ME METO EN *EMOCIONES.COM* Y MANDO UNA TARJETITA QUE ALGUIEN PENSÓ POR MÍ; O REENVÍO ESE MAIL TAN EMOTIVO DEL PAPÁ QUE NO MIRA A LA NENITA; ¡O ME SUMO A UNA CADENA DE MENSAJES, CON CASTIGO DIVINO INCLUIDO! MENSAJES QUE ¡PARECE COMO QUE SE BURLAN! ¡Y SÍ!... PORQUE HABLAN DEL TIEMPO, DE LO IMPORTANTE DE TENER AMIGOS, ¡DE LA VIDA! ¡PERO HABLAN TODO DESDE LAS PANTALLITAS!

Y ENTONCES, UNO MIRA ACÁ, ¿NO? LA PANTALLITA, Y POR AHÍ PIENSA QUE HAY OTRO QUE MIRA DEL OTRO LADO, Y QUE LOS DOS MIRAMOS ESTA ESPECIE DE CUARTA DIMENSIÓN BERRETA, QUE NOS HACE CREER QUE AÚN ESTANDO TAN LEJOS, NO LO ESTAMOS. ¡PERO SÍ LO ESTAMOS! PORQUE NOS METIERON ESTO EN TODAS LAS CASAS, Y AHORA NO SABEMOS NI HABLAR, NI ESCRIBIR UNA CARTA, NI LEER UN LIBRO. ¡NO SABEMOS UNA MIERDA Y CADA VEZ ESTAMOS MÁS SOLOS! Y LOS DIARIOS MIENTEN CADA DOS MINUTOS CON FOTITOS Y TODO, Y UNO LEE COSAS QUE NI SABE QUIÉN ESCRIBE. Y SE LLENA LA *WEBADA* DE MILLONES DE PALABRAS EN DONDE TODOS CUENTAN CÓMO ESTÁN, QUÉ HICIERON, CON QUIÉN SUEÑAN... ¡HABLAN SOLOS CON TODO EL MUNDO! ¡PERO HABLAN SOLOS! YA NADIE INTERCAMBIA, NADIE CONVERSA... PERO BUENO, ¡ESTAMOS CONECTADOS! ESTAMOS CONECTADOS, Y NI IDEA A QUIÉN O A DÓNDE, PERO ESTAMOS. Y ESO ES BUENO. ¡PARECE QUE ES BUENO! CLARO, BUENO PARA LOS QUE ANOTAN TODO EN LA LIBRETITA SIN QUE NOSOTROS NOS DEMOS CUENTA.

¡SABEN TODO DE NOSOTROS! ¡TODO DE TODOS! Y NADIE LE DA BOLA... BAH, YO CREO QUE SÍ, UN POCO. PERO ¿Y QUÉ? NADIE ESCUCHA AL QUE HABLA MAL DE ALGO DE LO QUE TODOS HABLAN BIEN. NO CONVIENE. ES FEO. NI TERRORISTA NI UN CARAJO; NO HAY QUE DECIR NADA, QUE SINO VOLVÉS A ESTAR MÁS SOLO QUE ANTES, MÁS SOLO AÚN QUE CON LAS PANTALLITAS.

MÁ QUÉ SE YO, POR AHÍ ME DA LA LOCA Y ME DESTECNOLOGIZO Y MANDO TODO A LA MIERDA. BUSCO UNA LIBRETA GORDA, UN LAPICITO, Y ME PONGO CON LA LIBRETA Y EL LAPICITO A MANDAR CARTAS A TODOS. TENDRÍA QUE PREGUNTARLES LAS DIRECCIONES, PORQUE NI SÉ DONDE VIVEN, PERO BUENO. LAPICITO, LIBRETA, ¡Y ESTAMPILLA! LÁSTIMA QUE EL CORREO ANDE PARA LA MIERDA, QUE SI NO... PERO BUENO, TAMPOCO ES NADA MÁS QUE LIBRETITA, PORQUE JUSTO YO VENGO A COMER DE LO QUE HAGO CON ELLA. CON LA PANTALLITA CLARO. VIVO DE ELLA. COMO VIVIR DE UNA PUTA. PUTA SUCIA, SUCIA PERRA PUTA, Y CASTRADORA. ¡PERO VIVO DE ELLA! BAH, EL QUE LABURA SOY YO, COMO UNA BESTIA. Y ESO QUE CON LA TECNOLOGÍA IBA A SER TODO MÁS FÁCIL, PERO CLARO, ¡CULPA MÍA ME DICEN!, CULPA MÍA QUE COMPRO PROGRAMAS TRUCHOS, Y ANDO CON COPIAS. ENCIMA SOY ILEGAL, ¡CONCHASUMADRE! ¡ENCIMA LA CULPA ES MÍA! PARECE QUE SIEMPRE CAEN TODOS PARADOS, ¡Y ENCIMA MÍO!

Y ESTE QUE NO PARA DE LADRAR...

EL PERRO. EL PERRO LADRA. LADRA DE VERDAD. ÉL NO ES TECNOLOGÍA. ÉL LADRA SI TIENE HAMBRE, LADRA SI SE ASUSTA, SI QUIERE ENTRAR. PERO BUENO, LADRA. Y ESTÁ BUENO QUE LADRE. PORQUE ASÍ ME DICE QUE HAY ALGUIEN VIVO MÁS CERCA. BAH, NO SÉ SI ESTÁ VIVO-VIVO, PORQUE TIENE MEDIO CARA DE BOLUDO. NO DICE NADA CASI CON LA CARA. ENCIMA TAMPOCO ME CONTESTA CUANDO LE PREGUNTO. PERO BUENO, ÉL ME MIRA, Y LADRA, Y ENTONCES YO DEJO QUE ÉL CREA QUE YO CREO QUE ESTÁ VIVO. QUE LOS DOS ESTAMOS VIVO, BAH.

ME PARECE QUE LE GUSTA.

A MI ME GUSTA.

Y ME ACOMPAÑA.

Desesperanzas

Me Voy a Pintar Los Ojos

Me voy a pintar los ojos, a retocarlos. ¿Ves acá? ¿Dónde mis párpados caen en un evidente redondo boludes, cordero manso? Ahí voy a pintar un orzuelo, y con unas líneas voy a estirarlo un poco, más tipo lobo, lobo desesperado, hambriento.

Y no me voy a cortar más las uñas, las voy a dejar sucias, largas, duras, y las voy a pintar con sintético negro mate, para que parezcan garras, garras feroces, capaz de dar un zarpazo.

Y voy a dejar de mirar a los ojos. ¡Si nadie mira! Si todos te esquivan cuando decís algo que suena duro, otra verdad. No voy a mirar más a los ojos, sino que voy a ver así, como de costado. Así, ¿ves? Así...

¡Y me voy a dejar la barba larga!, voy a andar más sucio, a eructar fuerte en el medio del cine, a tirarme soberanos pedos en la avenida, a escupir las vidrieras, romper los espejos, patear los tachos de basura más llenos...

¡Voy a desear las mujeres del prójimo!, a fomentar la envidia, a liberar la ira, a soltar la pasión desenfundada, a destapar el instinto, a soltar, soltar, soltar...

¡¡VOY A ROBAR MI SUELDO!! A correr el cerco todas las noches, a mentir las ideas, a cantar los votos, romper las cruces, bajar las estrellas...

¡Voy a matar!

¡Sí! ¡A MATAR!

¡¡¡Al primero que se me cruce!!! Al que parezca más débil, o más desesperado, o más solo.

¡Al más inútil!

¡Voy a matar y a hacer un guiso!

Guiso de dedos y uñas, pelos y todo.

¡Voy a hacer un guiso con toda la mugre que junte en cada muerte, en cada día, en cada atardecer asesinado, cada sueño ultrajado, cada utopía rebajada a ideología!

¡VOY A MATAR Y A DARLES DE COMER SU MUERTE!

¡A ver si les gusta!

Momentos

Gumersindo

No hay derecho, ningún derecho, repetía murmurando Gumersindo con la cabeza baja, mientras esperaba la aparición del demonio.

El encuentro había sido arreglado por Tita, la curandera. La decisión la había tomado él, luego de días y días de análisis.

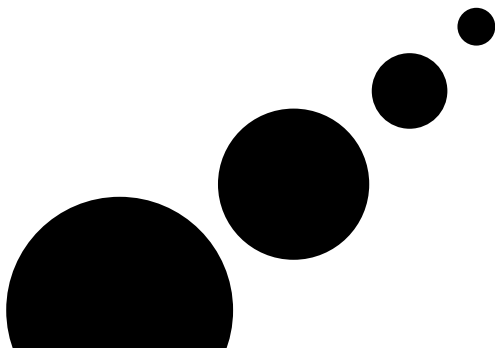
Y lo que Gumersindo entendía como una falta de derecho, era el estado en que uno iba acercándose a la muerte. Ese lento vencimiento, parte a parte, de lo que hasta el último día, vendría siendo nuestro embalaje.

Él creía que era algo sádico, perverso, y estaba enojado con el mismísimo creador por lo que entendía, era algo poco digno de un dios.

Caminaba debajo de la higuera, arrastrando los pies, subiendo y bajando el índice como quién da una reprimenda. Cada tanto se paraba para mirar de reojo arriba, con la esperanza de que Él lo escuchase, y accediera a su pedido antes que Lucifer.

- ¿Es que acaso no basta con saber que terminamos? ¿Qué no somos perennes? ¿No basta con entender casi desde el comienzo, que esto tiene un fin? ¿No es suficiente con morir que además debemos hacerlo en partes? – renegaba casi en silencio.

Durante un tiempo, había intentado encontrarse cara a cara con dios, para plantearle sus quejas. Pero sabido es que el señor



no atiende personalmente, y esto a Gumersindo, le pareció un acto más de pocos modales. Fue ahí que se decidió por la competencia.

Así fue que buscó a la Tita, quien luego de varios ruegos, cuatro pollos y un cabrito, accedió a hacer lo que le pedían.

Armó el encuentro debajo de la vieja higuera, camino a la mina. Allí debía esperar Gumersindo a que el mismísimo apareciera.

Satanás llegó como al descuido, saliendo de entre las raíces mismas de la higuera, y contrariamente a lo que había imaginado Gumersindo, no tenía ni cola de dragón, ni cuernos, ni fuego en derredor suyo. Un triste sobretodo negro, como el de Borelo, el borracho de la plaza, era su única vestimenta.

Gumersindo casi se persigna, pero rápido como era, entendió que aquello podía tomarse como una descortesía por parte del maligno, que en apariencia, y más allá de su maldad, parecía tener ciertos modales.

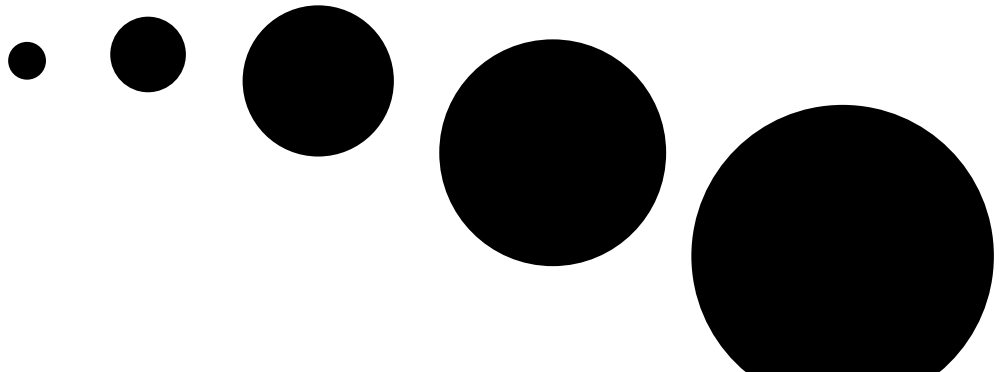
Después de los saludos obligados, comenzó con la explicación de lo que proponía.

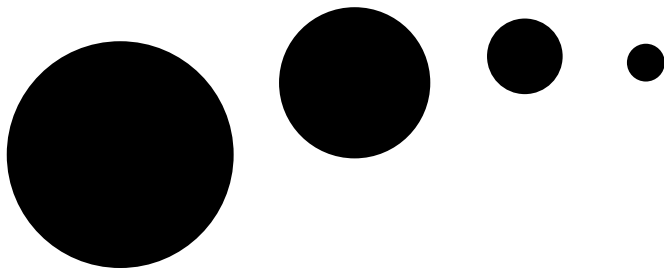
- Mire don, yo no me ando con vueltas. Le vendo mi alma.

- ¿Y quién te dijo que a mí me interesa tu alma?

- La Tita. Ella dice que usted siempre anda en la compra de eso, y bueno, la mía está en venta.

- ¿Y qué puede valer tu alma?





- Poco, es cierto. Pero un alma es un alma, y la mía está acá, lista.

Gumersindo no se amilanaba, e hilvanaba despacio su oferta, intentando despertar la avidez del maligno.

- No le pido mucho, más bien, creo que poco.

- Poco será lo que vale entonces.

- No. Poco es lo que exijo.

Se miraron. Ambos clavaron sus ojos, sabiendo que había llegado el fin de los discursos.

- Mire, es fácil. No quiero ir venciendo por partes. No quiero que mi cuerpo vaya cayéndose de a jirones, año a año. En eso, creo que el buen Dios, y no lo tome a mal pero bueno, para mí es así, se equivocó. Quiero llegar a mi último día, entero. De una pieza. Quiero llegar sin machucones de viejo, ni problemas.

- ¿Y entonces?

- Y entonces le doy mi alma. Le doy mi alma para que haga con ella lo que quiera, con tal de llegar al último día de mi vida, entero, sin partes que no andan, o andan a medias. Lléveme sin machucones, y mi alma será suya.

- Concedido – dijo el demonio. Y al instante, Gumersindo cayó desplomado, sin poder negociar ya nada.

Era sabido, que cuanto antes uno se fuera, más posibilidades de irse como vino.

5Gritos

SUSURROS

Tan cerca

Tan cerca,
que imagino que me animo,
y bautizo tus curvas con nombres de gaviotas,
lloviznándolas con el rocío impuro de mis labios,
bendiciéndolas con besos de amores
mentirosos,
siempre ciertos.

Tan cerca,
que podría respirarte eternamente,
catador de tu esencia y tu misterio;
figoneando los secretos de tu vientre,
inhalando los aromas de tus pliegues,
borboteando los futuros de tu sexo.

Tan cerca,
que mis dedos adivinan tu textura,
descifrando el braille de tu cuerpo,
se inmolan adentrándose en tu abismo,
dulce néctar de mil dioses sin olimpo.

Tan cerca,
como un sueño en una siesta de domingo,
un regalo, una sorpresa,
un bienvenidos,
bien te veo,
te deseo,
ya te tengo,
ahí,
acá,
allí tan cerca,
dentro mío.

Tan cerca
como me es posible,
barrenar el calendario a la distancia,
edad de abismos,
acá nomás,
veinte años nada,
quién pudiera,
alguna vez,
veinte años luz.